

homéricos. Es probable que los argumentos presentados en el libro deban pasar la prueba del convencimiento. Habría que revisar con más cuidado los paralelismos que hace el autor entre las obras homéricas, de origen oral, con otras obras que no tienen las mismas características, por ejemplo, las de Platón. Por más que las obras de Platón tengan un correlato oral (o, por lo menos, sean ambientados por una situación dialógica), Platón no es un simple relator, y los poemas homéricos tampoco tienen una fuente como la platónica, de manera que el paralelismo puede resultar complicado en algunos casos. También hay que ver qué tan refutadas resultan las objeciones a la hipótesis de la feminidad en la autoría de los poemas homéricos que el autor muestra cuando presenta su tesis (202), y analizar si estudios sobre tradiciones distintas (y posteriores) constituyen suficiente prueba para la tesis de Dalby. Este último análisis tendría que centrarse en la tercera parte del libro, en donde se explota el carácter oral de la *Ilíada* y la *Odisea* para reforzar la tesis de la reinención de Homero. Por lo pronto, el texto constituye un excelente estudio sobre la cuestión homérica y todos los problemas que conlleva.

Liliana Carolina Sánchez Castro

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá



Pouliquen, Hélène. *Dos genios femeninos. Simone de Beauvoir y Julia Kristeva. Literatura y libertad*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2009. 86 págs.

En una época como la nuestra que tiende, según el diagnóstico de muchos pensadores contemporáneos, al narcisismo, a la anomia y a la falta generalizada de criterio y de discernimiento, el uso de la palabra “ensayo” designa cada vez menos el escrito personal, libre de los rigores académicos (por ejemplo, de la obligación un tanto engorrosa de mostrar el aparato crítico), pero de gran agudeza crítica

y muy autoexigente en el ejercicio de su libertad. Cada vez más, el término “ensayo” se convierte en una etiqueta cómoda, conveniente, en una descarga —oportuna y políticamente correcta— de toda responsabilidad del autor, que, después de haber tomado esta precaución, dará rienda suelta a la subjetividad de manera a menudo acrítica, sin correr riesgo alguno. Narciso y el culto que se le rinde en esta *era del vacío* lo amparan. En el ámbito académico, raras veces se aclara la duda: desde el primer semestre hasta el último y para casi todas las asignaturas, los estudiantes escriben ensayos; pero ¿qué es un ensayo?, ¿a qué tipo de reflexión y de escritura habría que apuntar? Cada vez más, el ensayo acrítico, autocomplaciente y por eso miope, alentado por los caprichos de una moda cultural, va ganando terreno, y ¡ay del profesor que se proponga controlar su expansión arrolladora! Será tildado inmediatamente de inflexible, dogmático, reaccionario, y se le acusará de querer censurar y mutilar al sagrado yo del joven y entusiasta (y también ingenuo) autor.

En este contexto, la aparición de ensayos como *Dos genios femeninos. Simone de Beauvoir y Julia Kristeva. Literatura y libertad* es más bien insólita, pero demuestra con claridad que, en el discurso crítico, una pronunciada impronta personal puede ser perfectamente compatible con el rigor y la argumentación sólida, así como con el esfuerzo constante de objetivar al propio yo enunciante recurriendo a conceptos teóricos y categorías históricas que permitan enfocar la subjetividad dentro de su contexto sociocultural, donde aflora con mayor nitidez su particularidad y se define mejor su identidad única.

Perfectamente compatible con la densidad del texto y la seriedad profunda de la reflexión es el criterio independiente, atrevido, a menudo disonante, pero siempre bien fundado; el comentario ágil, de actualidad, que penetra oportunamente sin barreras ni prejuicios en todas las esferas de la vida cultural, y elige la expresión personal, desenfadada, aguda, que nunca deja indiferente. Al concluir el libro de Hélène Pouliquen, el lector siente una gran efervescencia intelectual, se siente al comienzo y no al final del camino. El tono del ensayo lleva las marcas del discurso oral, vivo, de la profesora, que

recordaba y hacía revivir en sus alumnos aquel estado excepcional, de gracia, en el que los dejaban sumidos los cursos de la maestra. Provocar este estado excepcional en el que la subjetividad del autor halla su íntegra y más desinhibida expresión sin pisar cadáveres, sino, al contrario, con un pleno respeto y una total aceptación del otro, permitiendo generosamente que el lector también se sienta pleno e inspirado. Contribuir realmente al desarrollo de la subjetividad del otro, orientándolo hacia la autenticidad de su propio ser e incitándolo a la autosuperación constante para llegar hasta el límite de su propio yo, según el gran modelo de Simone de Beauvoir. Dar luces, poner en movimiento las ideas, hacer visible de una forma ágil y desenfadada el encuentro inefable de la reflexión teórica densa con la vida concreta. Éste es, creo, el auténtico camino que el ensayo debería reencontrar, el del *genio femenino en revuelta*, para decirlo con palabras de Julia Kristeva, o de la cultura crítica viva, para ponerlo en términos más generales. Es el tema central del ensayo en cuestión, pero, de hecho, la cultura en *revuelta* es mucho más que un tema sobre el que se teoriza; está adentro, muy bien asimilada, es el alma misma del ensayo. Con su espíritu crítico y su escritura, la autora misma pertenece al tipo de cultura que le parece importante rescatar.

Sería muy oportuno, después de estas consideraciones iniciales, pasar a definir con claridad al menos los conceptos teóricos centrales que el ensayo pone a dialogar, no solamente entre ellos y con otras propuestas teóricas insignes, sino también con diferentes aspectos de la realidad cultural y, sobre todo, con la producción y la crítica literarias. Sin embargo, dada la densidad del texto, este propósito, en teoría muy razonable, se nos vuelve misión imposible dentro de los límites de una reseña. E incluso en condiciones ideales. Al lector estudioso que lee armado con un lápiz para subrayar lo esencial lo acecha el peligro de acabar rayando el texto del libro en su totalidad, mientras que el reseñista escrupuloso corre el riesgo de sucumbir a la tentación de citar permanentemente a la autora, convirtiéndose en un nuevo Pierre Menard. Entonces, dejando de lado toda vana ambición, me limitaré a destacar la novedad y la importancia del

enfoque de la cultura, y especialmente de la literatura, que se construye en el ensayo a partir de estos conceptos.

Notemos, para empezar, que, en la propuesta de Julia Kristeva, tanto el concepto de *genio* como el de lo *femenino*, que dan título al ensayo, se emplean con un significado muy diferente del común. El concepto de *genio* aparece totalmente despojado de su aura mística y de su halo romántico en el sentido en el que también Mario Vargas Llosa había concebido la genialidad del escritor, es decir, como condición excepcional a la vez que humana, que se caracterizaría ante todo por la rebeldía y el espíritu crítico frente a las ideologías sociales. Haciendo más énfasis en las fuerzas secretas, íntimas del individuo, Julia Kristeva propone como coordenadas definitorias del *genio* “el carácter apasionado y la búsqueda excepcional de la verdad” (9).

En el primer capítulo se enfoca la condición del *genio femenino* en el caso particular —totalmente fuera de serie— de Simone de Beauvoir: su *toma de posición* en la vida y, a través de su escritura, en el *campo literario* (Pierre Bourdieu) del momento. Este apartado del libro ofrece un excelente modelo de cómo interpretar los datos biográficos de un autor y de cómo integrarlos al análisis de la obra. Ya con su crítica demoledora contra Sainte-Beuve, en un famoso ensayo, Marcel Proust dejó en claro de manera ejemplar que la vida del autor en su vertiente anecdótica no tiene por qué interesar al comentarista del texto literario. En el otro extremo se sitúa la actitud igualmente equivocada, formalista o neoformalista, que se desentiende totalmente de la vida del autor y del contexto sociocultural en el que se produce la obra para enfocarse en exclusividad y de manera aislada el texto. ¿Cuál es, entonces, el tratamiento idóneo que los datos biográficos deberían recibir para nutrir y ser de real provecho para el análisis literario? En la lectura de Hélène Pouliquen, la vida de Simone de Beauvoir está presente en sus aspectos más concretos, sin mistificaciones ni mitificaciones, pero el comentario siempre apunta a delinear el perfil axiológico de la futura pensadora, su actitud excepcional, única ante la realidad de la vida y de la época, para luego

explicar cómo esta actitud, en determinado momento, se transforma en la *toma de posición* de una escritora dentro del *campo literario*.

Tratemos de articular ahora esta concepción del *genio* con la manera en que se concibe lo *femenino*. Superando con creces el planteamiento feminista común y corriente, interesado en la militancia por los derechos políticos de la mujer o que concibe la condición femenina como un asunto puramente biológico, el concepto de *genio femenino* que maneja este ensayo es una categoría filosófica, profunda, abarcadora, elaborada con el fin de entender mejor la vida. A lo que se apunta es a entender la “vida plural, múltiple, rica, no limitada por aprioris empobrecedores” (29) con la cual la profesora Hélène Pouliquen suele poner en contacto la literatura. Esta perspectiva amplia e integradora, opuesta a la mirada miope de cualquier *ismo* de propuestas teóricas que no pasan de ser modas culturales, se convierte en un gran modelo para los estudiantes y profesores que, interesados en la teoría literaria, se sienten a veces atrapados en un mar de contradicciones y necesitan una brújula. Por lo tanto, el *genio femenino* del que trata el ensayo indica “una posición que tanto hombres como mujeres pueden asumir”, ya que “Kristeva se rehúsa a encerrar a las ‘personas’ —que se van construyendo en la cultura, en el pensamiento— en guetos biológicos ‘femenino’ y ‘masculino’” (77).

Tal como se plantea en el segundo capítulo, dedicado a Julia Kristeva, las marcas del *genio femenino* en el campo de la literatura son difíciles de analizar en ausencia de otro concepto afín, el de *revuelta* o *revuelta íntima* —concepto clave en el pensamiento actual de la investigadora francesa de origen búlgaro—. A su vez, la elaboración de este concepto es el resultado de la posición que ella misma ocupa en el campo de la teoría literaria con sus escritos de las últimas dos décadas. En este capítulo del ensayo se traza y comenta rápidamente todo el recorrido de Julia Kristeva como investigadora, para explicar mejor su perspectiva más reciente. Se subraya cómo, sin traicionar el enfoque del texto literario entendido dentro de su contexto sociocultural, que hizo suyo tempranamente, Julia Kristeva

propone en sus últimas reflexiones afinar mejor el instrumento teórico que permita una interpretación más sutil y matizada del texto literario. Con este fin, se vuelve más atenta y sensible al potencial latente pero enorme del yo, del individuo *en revuelta*, que percibe de manera crítica su medio social. En la interpretación de Hélène Pouliquen, esta *revuelta íntima* es “otro origen de la axiología en el texto, del cuestionamiento crítico y de la evaluación particular de la sociedad y de la experiencia humana, objeto de la obra literaria y del análisis de su nivel propiamente estético, de su ‘forma’” (61). Comentando la propuesta de Julia Kristeva, cuya seducción experimenta sin renunciar a la evaluación crítica, la autora del ensayo subraya la novedad y el aporte que hay en “conectar la obra no con estructuras formales abstractas, impersonales, pero tampoco con ideologías sociales o visiones del mundo, a la manera de Lucien Goldmann, sino con la experiencia concreta de un sujeto ‘en revuelta’ contra su medio social” (57-58).

Dos facetas de un mismo estado, de hecho, son, según el diagnóstico de Julia Kristeva, características del mundo actual, del planeta globalizado: la anomia que gobierna el mundo así llamado posmoderno, un mundo gris en el que las fronteras se vuelven borrosas y las identidades intercambiables, y el individuo, que ya no es un sujeto, no pasa de ser “un conglomerado de órganos, una ‘persona patrimonial’ con un ‘patrimonio’ que no sólo es financiero, sino también genético o fisiológico”*. Para analizar el mundo así descrito, Julia Kristeva elabora el concepto de *abyección*, correlativo al de *revuelta*. Lo *abyecto* es para Kristeva no tanto “la ausencia de limpieza o de salud” —nuevamente se toma distancia del significado común y corriente de la palabra—, sino “aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden”. El que “rechaza la moral no es abyecto —puede haber grandeza en lo amoral y aun en un crimen que hace ostentación de su falta de respeto de la ley, rebelde, libertador y suicida[—]”.

* Julia Kristeva, *El porvenir de la revuelta*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1999, 13-14.

En cambio, “la abyección es inmoral, tenebrosa, amiga de los rodeos, turbia: un terror que disimula, un odio que sonríe, una pasión por un cuerpo cuando lo comercia en vez de abrazarlo, un deudor que estafa, un amigo que nos clava un puñal por la espalda”**. El mundo posmoderno mismo, en el cual las diferentes identidades, formas, significados pierden sus fronteras claras y quedan desdibujados, sería *abyecto*, en el sentido en que Julia Kristeva maneja este concepto.

Hélène Pouliquen lee esta propuesta teórica de gran actualidad enriqueciéndola y poniéndola en contacto con la tradición teórica occidental más resistente que se propuso explicar el texto en su contexto cultural (G. Lukács, L. Goldmann, M. M. Bajtin, T. W. Adorno, R. Barthes, N. Sarraute, P. Bourdieu, P. V. Zima, T. Pavel), a la que no olvida añadir las contribuciones colombianas contemporáneas (véanse los comentarios dedicados a la obra ensayística de Fernando Cruz Kronfly). El aporte más significativo de este ensayo se encuentra en la mirada crítica que actualiza, contextualiza, reinterpreta y recupera valores. Así, en la lectura de Simone de Beauvoir, la autora persigue, por una parte, “puntualizar su aporte y ver en qué sentido podemos seguir la vía que abrió, posiblemente rectificándola —los tiempos cambian—” (14), y, por otra, recuperar su pensamiento crítico y “arrancarla de las garras de la cultura mediática” (15).

Cuando el buen criterio, profundo y exigente, se acompaña por la honestidad intelectual, la crítica alcanza su fin, quizás, más alto: orientar la producción y la recepción literarias hacia los valores auténticos. Sobre todo en una época que tiende a la mezcla acrítica y a la confusión de los valores, esta función de una crítica literaria que asume riesgos y se da la mano con la creación es esencial. No por su actualidad, la propuesta teórica de Kristeva deja de pasar por el filtro lector de la autora del ensayo y por su propio *genio femenino*. Al comentar la teoría de Julia Kristeva, Hélène Pouliquen establece una importante conexión entre la *abyección* como vivencia psíquica

** Julia Kristeva, *Poderes de la perversión*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006, 11.

y las épocas de transición, como la que vivimos actualmente; épocas en que todo un orden —junto con el sentido y la identidad que se apoyan en él— se derrumba sin que exista una alternativa válida: “Podemos aquí disentir hasta cierto punto de Kristeva en cuanto al origen no socio-histórico concreto del ‘horror’ de ver borradas identidades: entendemos que un cambio histórico, una redistribución marcada de las fuerzas sociales y de sus representaciones psíquicas pueden generar el sentimiento de ‘abyección’ —de desconcierto, de desorden inaceptable—” (48-49). Como ejemplo de escritura *en revuelta*, que enfrenta con mayoría de edad la *abyección*, Hélène Pouliquen propone una interesante y personal lectura de *La hojarasca* de Gabriel García Márquez, centrada en la interpretación del “enigmático personaje del médico” (50). Su experiencia de la *abyección* se relaciona con la “figura del doble: el médico y el cura, que llegan el mismo día a Macondo”, como expresión de la identidad ambigua, “borrosa, heterogénea, animal, metamorfoseada, alterada, abyecta” (50) y como vivencia del mismo joven autor, cuyo mundo estable se veía seriamente perturbado en aquella época por el Bogotazo y el estallido de la violencia de los años cincuenta.

Ante un mundo *abyecto*, gobernado por el consumismo y la globalización, en el cual la dignidad humana está perseguida y aniquilada por el sistema hasta sus últimos y más íntimos rescoldos, la única solución que vislumbra Kristeva es la *revuelta íntima*. Si es que la humanidad y el individuo todavía tienen la oportunidad de no dejarse absorber por la lógica implacable del consumo, la solución sería la vuelta al potencial crítico del individuo, después de la quiebra de tantas utopías colectivas, con el fin de cuestionar y redefinir permanentemente el orden establecido, de la propia vida psíquica y de la vida social. Por esta razón, Hélène Pouliquen considera que tanto la *revuelta* como la *abyección* —“su faz oscura”— son formas de utopía, incluso cuando se trata, como en la contemporaneidad, de una *utopía negativa*: “si bien no imaginan una condición humana más grata, rompen realmente con una condición degradada, disminuida —‘dañada’, diría Adorno—, conformista, rutinaria,

para dar forma, en el desconcierto, a una vida más verdadera, si bien sufriente” (51). Haciendo énfasis en su significado histórico, Hélène Pouliquen repasa sucinta y sistemáticamente los avatares del concepto de *utopía* desde los albores de la modernidad —“su edad de oro”— hasta la actualidad, atenta a las reacciones que se registran en la literatura. Le interesa sobre todo distinguir dos momentos: primero, el de una modernidad todavía viable, cuando la actitud afirmativa, militante, sigue siendo compatible con el espíritu crítico y cuando aún se puede concebir la utopía en su sentido primigenio; segundo, el momento de crisis de una modernidad tardía o de la así llamada posmodernidad, cuando la utopía es necesariamente negativa, menos eufórica, más autoconsciente y autocrítica, y la revolución —ideal colectivo— deja lugar a la *revuelta íntima*, esperanza secreta e individual.

Sobra decirlo, los dos *genios femeninos* sobre los que Hélène Pouliquen se detiene en este ensayo corresponden a cada uno de estos momentos clave en la historia de la cultura occidental; las evaluaciones que Simone de Beauvoir y Julia Kristeva proponen de la época que a cada una le tocó vivir están profundamente inscritas en sus maneras de pensar la literatura. Más allá de las diferencias, resultantes de las circunstancias históricas con sus respectivas urgencias, las autoras coinciden en otorgar a la literatura un papel central en la cultura como resguardo del espíritu crítico. La literatura, en concepto de Kristeva, es y fue siempre el espacio privilegiado para vivir la experiencia dura pero ineludible de la *abyección*. Encarar el *horror*, medírsele y, a través de la forma, devolver un nuevo sentido, una nueva identidad a un mundo *abyecto*, es el verdadero compromiso de todo creador auténtico.

Mucho más de lo que se pudo dar cuenta aquí sobre los *genios femeninos* de Simone de Beauvoir y de Julia Kristeva se encuentra en las escasas pero concentradas páginas del libro de Hélène Pouliquen, libro muy rico en ideas, que inaugura de manera brillante una nueva colección del Instituto Caro y Cuervo. Difícilmente podría casar mejor el espíritu de esta colección llamada Breves, que se propone

“dar espacio a una reflexión teórica ágil y muy actual en el campo de los estudios lingüísticos y literarios” (4), con los dotes de un investigador. La facultad de tratar de lo particular sin perder la visión de conjunto, de volver atractivo y cautivador un saber sólido, profundo y complejo sin empobrecerlo ni esquematizarlo, surge sin duda de la auténtica vocación de docente que tiene la autora, de su *genio femenino*. Tocada por éste, la reflexión esencial pero a menudo árida de Julia Kristeva gana vivacidad y poder de seducción en la relectura de Hélène Pouliquen.

Diana Diaconu

Universidad Nacional de Colombia — Bogotá



Padilla Chasing, Iván Vicente. *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX. Lectura de la Historia de la literatura en Nueva Granada de José María Vergara y Vergara*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2008. 245 págs.

En este libro, el profesor Padilla analiza el debate de la hispanidad en Colombia durante el siglo XIX desde tres aspectos fundamentales: la controversia de los partidos Liberal y Conservador de 1848 a 1875; la cuestión religiosa, y, por último, la idea de raza, herencia y tradición. Tales aspectos le permiten ahondar en las discusiones más importantes del campo intelectual y político de la época. Simultáneamente, el eje que sostiene su disertación es el análisis de la obra *Historia de la literatura en Nueva Granada* (1867), del autor neogranadino José María Vergara y Vergara (1831-1872), escritor a quien describe como un “militante católico” (29). Vergara y Vergara quiso crear conciencia nacional en torno a la religión católica en un momento en que la tradición española era menospreciada y atacada por los gobiernos liberales, periodo histórico que además estaba convulsionado por las guerras civiles y dominado por el caos